

*“LAS AUSENCIAS DE TÍA NÉLIDA
(O EL INCENDIO DE LAS ILUSIONES MUERTAS)”*

—Pepe Peseta—

Qué reveladoras pueden llegar a ser determinadas imágenes cuando aún no somos capaces de advertir los mensajes que pueden entrañar.

“La angustia se abre paso entre los huesos,
remonta por las venas
hasta abrirse en la piel,
surtidores de sueño
hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.”

Del poema “No decía palabras”, de Luís Cernuda

Soria, febrero de 1997.

Atrás quedó medio siglo, y decenas de ausencias, como pasto para el olvido. Pero el grito que tía Nélide dio antes de morir continúa rompiéndome el sueño, también el corazón, en mitad de la madrugada.

*

Las ausencias de tía Nélide eran precedidas por una liturgia invariable: se vestía de negro. Se sentaba en la butaca de enea. Ponía el libro sobre sus piernas. Descarriaba la mirada. No abría la boca. La sordera parecía subyugarla. Apenas se movía una hebra de su cabello, suelta del rodete en que recogía su melena, pero porque era mecida por la brisa que se colaba por las puertas y ventanas entreabiertas. Entonces dejaba de existir. El regreso de su ensimismamiento se producía cuando con un hilo de voz, con el que zurcía corazón con alma, recitaba un poema de aquel libro; enhebraba los versos al tiempo que con las yemas de los dedos rozaba con delicadeza la tapa del poemario de Luís Cernuda, como si en verdad acariciase la cabeza de un ser amado reposada sobre su regazo, mi refugio en los días de tormenta, el más

cálido abrigadero en los días de nevisca. Luego acontecía un llanto súbito, y se sucedían abrazos y besos de reencuentro, como los que damos a un familiar que regresa de un largo y recóndito viaje.

**

¿Cómo iba yo a entender a tan corta edad que una mujer joven, guapa y alegre —mi madre decía que tía Nélide antes era así— pudiese tener aquellas ausencias, cada vez más frecuentes e insondables? << ¿Antes de qué? >> Inquiría yo a mi madre, con cierta ansia, su silencio fraguado como respuesta invariable. Algo gordo debió de pasarle, pues las ausencias la hacían parecer un ser triste, e incluso viejo y feo, sus facciones estragadas por la desolación. Sí comprendía por qué me causaban tanto desasosiego sus ausencias. Porque la quería con locura, y cada vez que tenía una de ellas me aterraba el pensar que nunca más regresara. No alcanzaba a imaginar mi existencia sin sus besos cariñosos, sin sus tiernos abrazos, sin sus caricias melosas... Y he de reconocerlo: mi infancia habría sido más amarga sin sus tortas rellenas de uvas, que solía elaborar en casa en la época de la vendimia; dispuestas en una bandeja de latón, las llevaba a cocer a la tahona del panadero apodado “Cagaleras”, las uvas de aquel manjar estallando en mi boca al morderlas, lo que hacía imposible olvidar el sabor de la masa, humedecida y coloreada por el zumo de los frutos de la vid, de un intenso color morado. Era eléctrica la desazón que me embargaba al verla así, pues sentía en mi estómago como pequeños y punzantes calambrazos, idénticos a los que sentí en la actuación de un mago durante la sesión matinal que hacían los domingos en el teatro Avenida, de Soria, a la que tía Nélide me invitó un domingo por haber sacado buenas notas. Nunca lo hubiera hecho. Porque se prestó voluntaria para entrar en un armario, y el puñetero mago, disfrazado de brujo, la hizo desaparecer delante de mis narices con dos golpes de varita mágica. Yo sentí el tremor del miedo en mi barriga, ya que creí que la había mandado poco menos que al infierno, a ese averno que nos describía con detalle un cura cuyo nombre me propuse que fuese alimento de mi desmemoria, pues gustaba de amedrentarnos con sus sermones dominicales en la iglesia de El Rivero, a veces con su furibunda mirada clavada en mi familia; ojalá Belcebú lo tenga recogido en su reino de llamas. En ese angustioso momento que viví en el

teatro imaginé que nunca más la vería, que tendría que regresar solo a San Esteban de Gormaz, y que mi madre me crucificaría por no haber cumplido el encargo que me hizo de convertirme en la sombra de tía Nélide. Pero mis temores se disiparon por arte de magia. Respiré aliviado, y me entraron unas terribles ganas de llorar de felicidad y de subir al escenario para abrazarme a ella, igual que me habría abrazado a un algodón de azúcar gigante, cuando la vi aparecer de nuevo, la viva imagen de una Diosa dentro de un armario.

Tía Nélide llevaba años en los que sus salidas a la calle eran esporádicas, y casi siempre lo hacía para ir a la capital a dar largos paseos y mirar escaparates —se extasiaba delante de los de las librerías—, ella siempre acompañada por mi madre o por mí, como ocurrió el día de la función del puñetero mago. Sin embargo, tenía el don de irse de entre nosotros, como si nos hiciese un regate, cuando le venía en gana o su ánimo lo necesitaba. Una sensación de vacío y helor entraba de súbito en la casa en el momento que se ausentaba, los ojos de mi madre enjalbegados por la pesadumbre.

Su particular manera de ausentarse era darnos la espalda. La veíamos; claro que la veíamos, aunque como si contemplásemos una estatua de carbón sentada en la butaca de enea, frente al ventanal del corredor de las flores, que ella cuidaba con tanto mimo, un territorio que me estaba vedado durante el tiempo que duraban sus ausencias. Ella ya no reparaba en nosotros. Entonces nos aprehendía la seguridad de que sus ojos estaban clavados en el camino trazado en su mente, por el que se podía salir del pueblo, o llegar hasta él, como si no fuese sino una estación terminal el galimatías de casas, vigilado sin tregua por los restos de la fortaleza medieval, levantada en el siglo X. Muchos años después de su ausencia definitiva, cada vez que escucho la canción “Penélope”, de Serrat, me acuerdo de tía Nélide, ella sentada en su particular banco del andén, como si esperase la llegada de alguien a bordo de uno de aquellos trenes humeantes que circulaban por la línea férrea Valladolid-Ariza y que, para júbilo de la chiquillería, tenían parada en San Esteban de Gormaz.

Sus ausencias solían durar días, incluso alguna hubo que se eternizó más allá de una semana. Durante esas jornadas no decía ni mu. Lo único que

necesitaba era que la dejásemos en paz con sus pensamientos. Mamá le dejaba sobre una mesita el plato de comida y un vaso de agua, sabiendo que habría de recogerlos sin que ella hubiera probado bocado y apenas hubiese bebido un sorbo. También se ocupaba de cambiarle el orinal, que mantenía fuera de la vista, oculto bajo los faldones de la mesa camilla. Yo nunca la vi usarlo. Y eso que solía acecharla desde una prudencial distancia, mi curiosidad directamente proporcional al letargo de tía Nélide a través del discurrir del tiempo, que era medido por las campanas de la iglesia de Santa María del Rivero, que ni su jubiloso repique la hacía estremecer, como tampoco el doblar a muertos o el toque de tormenta o de arrebató que, respectivamente, alertaba a los campesinos si se acercaba un aguacero o al paisanaje si algún campo de cultivo se convertía en un océano de llamaradas. Daba la impresión de que el mundo no fuese de interés para tía Nélide mientras permanecía sumida en sus ausencias, en las que parecía que hubiera entrado en un arrobó más propio de las santas y los beatos, el ritmo enlentecido de su respiración roto como por ensalmo por algún quejido lacónico y furtivo. El discurrir de alguna lágrima por su mejilla nos aliviaba, pues era indicio de que la llama de la vida no se había extinguido en sus entrañas, de que tía Nélide no se había convertido en una estatua de pellejos y huesos carente de sentimientos por más que su piel hubiese transmutado en un lienzo alabastrino y traslúcido, un puro reflejo de la tristeza. Pero por más que le preguntásemos qué le ocurría jamás obtuvimos respuesta; ni una sola palabra escuchábamos de su boca, como si sus labios estuviesen apersogados por una sutura invisible.

Durante aquellos días, tía Nélide era la imagen personificada de la deserción del mundo. Solo silencio y quietud manaba de su interior. Pero nunca dejaba de tener el libro sobre su regazo, como una madre que, enajenada por la pena, acuna en los brazos a su bebé muerto, no consintiendo que nadie se acerque a él.

Tía Nélide solo me prohibió una cosa en su vida. Pero lo hizo con tal sutileza que yo creí que me estaba pidiendo un favor:

<<Como yo sé que a ti no te gusta verme enfadada, este libro, que es muy delicado, no lo toques nunca. Yo te leeré lo que quieras de él, pero no lo toques nunca. >>

Cómo no iba a obedecerla... No había otro libro en la casa, y para ella era como una alhaja que cuidaba con ternura y celo. Pocas cosas había en mi mundo que me gustase tanto o más que estar cerca de ella. Pensar en que se enfadase conmigo y me castigase a no estar a su lado me causaba repelús. Ya no era lo dicharachera que en otro tiempo fue, pero era amable conmigo y me trataba como si fuese mayor. De ella heredé mi amor por los libros, por la Literatura. Porque aunque en casa solo hubiese un libro, *su* libro, ella tenía metidos en la cabeza muchos libros más. Por las noches, antes de irme a dormir, me leía de memoria —hacía como si abriese del libro y pasase las páginas— pasajes de muchos de ellos; libros que con los años yo busqué en las bibliotecas para leerlos de principio a fin; libros que para sorpresa mía, parecían contener la voz de tía Nélide; libros que con los años, quizá como homenaje a tía Nélide, fui comprando para construir los pilares sobre los que habría de construir mi biblioteca particular. De aquellos libros aprendí buena parte de lo que soy. Eso explica que a menudo yo regrese a ellos, para revivir los sentimientos que me despertaron cuando me los *leía* tía Nélide, pues así aprendí a reconocer las emociones que dejaron en sus páginas quienes los escribieron, yo tan expectante con su relectura como quien regresa una y otra vez a un restaurante para olfatear y saborear de nuevo, con mayor intensidad si cabe, una comida que conmovió sus sentidos.

“La realidad y el deseo” es el título de aquel poemario de Luis Cernuda que tanto cuidaba tía Nélide. Lo conservo como oro en paño, pero no en mi biblioteca sino en mi dormitorio, en el interior de la mesita de noche, donde aguarda paciente a que antes de irme a dormir lo tome entre mis manos y lea uno de los poemas que contiene, que suelo elegir al azar, algo que debo hacer cada noche para conciliar el sueño, como si realizase un sortilegio que, a veces, da resultado, y me defiende de despertarme en mitad de la madrugada sobresaltado por el grito que tía Nélide dio antes de morir. Esto lo hago incluso

cuando estoy en uno de mis múltiples viajes de promoción de mis libros. Porque entonces abro el libro y paso las hojas, de igual modo que lo hacía tía Nélide con los libros que tenía memorizados, y leo en voz alta uno de los poemas, el primero que me viene a la mente, el libro palpable en mi interior pues está grabado en mi memoria de tanto como suelo leerlo. Lo tengo en mi poder desde que tía Nélide murió, pues le encomendó a mi madre que nadie más que yo debía tenerlo. El libro, y la imagen que atesoro de ella sentada en la butaca de enea en el gran corredor de las flores, me mantienen en continua conexión con ella, con su inextinguible recuerdo.

Solo tras la muerte de tía Nélide supe la verdad de lo ocurrido para que ella dejase de ser la mujer joven, guapa y alegre que era antes de comenzar a sufrir sus ausencias. No tuve que preguntarle a mi madre ¿antes de qué?, pues fue ella la que decidió contármelo antes de que yo le preguntase. <<Siéntate, que voy a contarte algo. >> Me dijo al llegar a casa tras el entierro de tía Nélide.

EPÍLOGO:

Tía Nélide se enamoró en un tiempo en el que el amor era pisoteado a menudo por los convencionalismos sociales. Demasiados noviazgos eran formalizados en los casinos o en las puertas de las casas, a espaldas y sin atender los deseos de quienes habrían de convertirse en novios por intereses familiares o económicos. El amor no era considerado como el segundo plato, ni tan siquiera como el postre, en el festín que organizaban los padres para celebrar las bodas pactadas, a veces, casi desde el nacimiento de los contrayentes. Si acaso, al amor se le dejaba colarse en muchos matrimonios poco menos que como a un intruso en un velatorio, los deudos mirando para otro lado o haciendo la vista gorda, y por ello tenía los días contados. Pero tía Nélide, que no estaba dispuesta a aceptar imposiciones porque no era dada a disimular sus verdaderos sentimientos, se enamoró con los cinco sentidos en estado de plétora. Tanto amor derrochado se convirtió en su desgracia...

Soria, primavera de 1930.

—No puedes hablar en serio.

—Tienes que comprenderlo, Neli; nos dejamos arrastrar por una locura desde el principio.

—Y qué hacemos con nuestros planes, ¿los quemamos?

—Simplemente, los olvidamos.

—Pero es que yo no puedo olvidarte; tú eres mi plan de vida. Si lo hiciese sería como olvidarme de vivir. No puedes pedirme tal cosa.

—Lo nuestro no puede continuar.

—Estás siendo muy parca en palabras y demasiado tajante; no te reconozco. ¿Dónde está esa ternura tuya que me conquistó? Dame una sola razón que justifique lo que dices. Y no me vengas con que ya no me amas, porque veo el amor reflejado en tus ojos. Tu mirada está cargada de amor hacia mí, como la mía lo está hacia ti, de tanto o más amor como el primer día que nos besamos. Mírame a los ojos y dime que miento, que ya no me quieres o que nunca me has querido, que todo fue una mentira. Ya veo que no eres capaz de sostenerme la mirada.

—Por favor...

—Solo tratas de engañarte y de engañar a nuestros sentimientos... Bueno, a los tuyos, porque los míos no se dejan engañar por lo que digan o piensen los demás, que es lo que te sucede a ti, que te asusta el qué dirán. Mis sentimientos son una verdad, y la verdad solo tiene un camino: yo quiero estar a tu lado. Dime que tú no deseas lo mismo. Vamos, dime algo.

—Lo siento, Neli, pero esto no puede continuar. Espero que algún día puedas perdonarme.

— ¿Y qué hacemos con el local? ¿Y con los libros comprados? Y con nuestros sueños de abrir la librería, ¿qué hacemos...? Y a quién le leo yo los

poemas de Luis Cernuda... —La voz de Nélide ya es un susurro ahogado en un sollozo.

Nélide hinca las rodillas en tierra mientras ve marcharse al amor de su vida, detrás de él, como si formasen una estela de desesperanza, los besos furtivos, las caricias a escondidas, las risas, las confianzas, las fantasías, las ambiciones, las ilusiones... todo cuanto compartieron en la intimidad.

**

Tía Nélide regresó a nuestro pueblo tras aquel desengaño amoroso. Renunció a sus sueños y proyectos, pero nunca pudo olvidar al único y gran amor de su vida. Unos días después llegaron al pueblo varios cajones de madera que más parecían ataúdes llenos de ilusiones muertas. Contenían los libros que ella había comprado para la librería que pensaba abrir en Soria junto a su pareja, en un local que alquilaron en la Plaza Mayor, bajo los soportales.

Tía Nélide desembaló los libros. Con ellos formó una pila a la que prendió fuego. Aquellas llamaradas, que buscaban tocar el cielo estrellado de San Esteban de Gormaz, simbolizaron para ella el incendio de sus ilusiones muertas, de cuya quema solo salvó el recuerdo del amor de su vida, que, eso creemos, era la razón única de las ausencias de tía Nélide, como si ella regresase a un largo abrazo con él.

Dormía la noche que murió tía Nélide. Mi madre llevaba varias horas velándola, pues advirtió que su respiración, agitada, sonaba pedregosa bajo su pecho. Según me contó, tía Nélide fue apagándose como la llamita de una de esas palomitas de cementerio que flotan en el aceite, y que encendemos para que nuestros muertos no se sientan solos en la oscuridad y el frío de sus tumbas. Instantes antes de morir, se incorporó de súbito en la cama, con los ojos abiertos y los brazos extendidos, como si esperase un abrazo del amor de su vida, ella convencida de que regresaba a su encuentro. Me despertó su grito:

—¡¡¡Ana!!!